

Fueron causa de aquella violenta determinación los telegramas que desde por la mañana estuvieron llegando de Ayotla, en donde se hallaba el General D. Porfirio Díaz con una brigada.

Aquellos telegramas eran leídos, según iban llegando, en la Cámara, que se había reunido, y en seguida se ponían copias en el patio de Palacio.

He aquí los telegramas:

“Ayotla, Mayo 31 de 1863.—Recibido en México á las cuatro y cinco minutos de la mañana.

“Ciudadano General en Jefe:

“Se bate Quiroga en Buenavista, y ya el telégrafo no contesía.—DÍAZ.”

“Ayotla, Mayo 31 de 1863.—Recibido en México á las siete de la mañana.

“Ciudadano General en Jefe:

“*El General Quiroga me dice lo siguiente:*

“El camino ha quedado descubierto, pues desde ayer ha quitado el enemigo *los estorbos* que en él había.—A la una de la mañana de hoy, la avanzada enemiga se acercó á Venta de Córdoba, y luego que la nuestra lo observó, le rompió el fuego y *la hizo retroceder*.—En la brigada y demás puntos que cubre, no hay novedad.—PORFIRIO DÍAZ.”

“Ayotla, Mayo 31 de 1863.—Recibido en México á las diez y dieciocho minutos de la mañana.

“Ciudadano Ministro de la Guerra:

“El enemigo se presentó anoche en Venta de Córdoba. Hoy sigue su marcha, y nuestra avanzada viene tiroteándose.—Aún no pasa de la Venta.—PORFIRIO DÍAZ.”

“Ayotla, Mayo 31 de 1863.—Recibido en México (no dice la hora) de la mañana.

“Ciudadano General en Jefe:

“El enemigo ha llegado á Venta Nueva, aunque hostilizado por nuestras avanzadas. *Ya estoy listo para proceder según mis instrucciones;* y de lo que ocurra daré á usted parte.—Según se me informa, con los traidores

avanza la primera brigada del ejército francés.—Contésteme usted con las instrucciones que estime convenientes.—PORFIRIO DÍAZ.”

Sin lugar ni hora.

“Ciudadano Ministro de la Guerra:

“*Marcho para el Peñón*, porque no creo prudente hacerlo para otro punto, tanto porque *el Gobierno se encuentra aún en esa*, como porque en dicho punto hay una garganta que puede defenderse por algún tiempo, *con tal que esa plaza defienda las garitas de Tacubaya, San Antonio Abad y Niño Perdido. Al Peñón* mándeme usted sus órdenes.—PORFIRIO DÍAZ.”

“Ayotla, Mayo 31 de 1863.—Recibido en México (no dice la hora) de la mañana.

“Ciudadano Ministro de la Guerra:

“El enemigo, que ha tomado mi derecha, pasa ya de Chalco, y es en número considerable para poderlo arrojar *ni contar con esta fuerza*, teniendo en cuenta que por el camino directo á Riofrío viene otra columna siguiéndonos muy de cerca.—Esta última tiene á su cabeza á Márquez, pero también viene robustecida con franceses, según un cazador de Africa que acabo de remitir á usted. Ya no cabe duda que trae artillería, porque han comenzado á dispararla.—En cuanto á la fuerza de la derecha, no cabe duda en que si no son puros franceses, sólo traerán los traidores muy necesarios para darles dirección, porque tropas de esta clase no había en el rumbo de donde ha salido la columna á que me refiero.—En cuanto á las armas de que ésta conste, nada puedo decir á usted, porque aun no regresan los exploradores que mandé á averiguarlo, y apenas puedo calcular la fuerza mirándolos á mucha distancia y con la laguna de por medio.—PORFIRIO DÍAZ.—*Marcho para el Peñón* y allí aguardo órdenes.”

Estos telegramas han sido fielmente copiados por mí, de los originales que he tenido en mis manos.

Si cuidadosamente se examinan estos importantísimos documentos, acaso podrá hallarse en ellos incoherencias y aun contradicciones que no pueden satisfacer al historiador; pero siendo su examen un trabajo prolijo, y tal vez ajeno de este lugar, creo prudente omitirlo, dejándolo á cargo de investigadores más tenaces que yo.

Pero no parece sino que con su contenido y el modo de publicarlos, se trataba de introducir la alarma, tanto en la población como en la tropa.

La Cámara, que cumplía su período de sesiones, se cerró con las formalidades acostumbradas, sin faltar la salva de artillería; y el Ejecutivo, que ya tenía dispuesto su viaje, salió del salón para montar en los carruajes, llevando consigo los fondos del Tesoro; dejando solamente lo necesario para dar siete días de haber económico á los cuerpos que debían abandonar la ciudad.

Los diputados, los empleados y todos aquellos que temían las venganzas de los conservadores, corrieron por todas partes para proporcionarse caballos ó carruajes en que llevar á sus familias.

Aquello tomó las proporciones de una grande exoliación, porque todo aquel que hallaba un caballo, un coche ó un carro, lo tomaba por la fuerza, y en el acto salía de la ciudad.

Muchos coches del sitio fueron obligados á marchar con los mismos caballos ó mulas que tenían, á pesar de las protestas de los cocheros.

Hubo casos en que los caballos de Generales ó Jefes fueron extraídos de los establos ó caballerizas en que se hallaban, dejando á pié á sus dueños, que no pudieron seguir al ejército, ó se vieron obligados á cometer nuevas violencias para no quedar en la plaza.

Una parte de los fugitivos tomaron el camino del interior, que fué el que siguió el Gobierno, y otros lo verificaron por el camino de Toluca, por donde se retiró la mayor parte del ejército.

Al llegar á Santa Fé, ya de noche, la artillería aparcó en el pueblo sobre el camino, obstruyendo el paso.

Como á la media noche llegó el General Don Ramón Iglesias reconviendo, con justicia, por aquel modo inconveniente de aparcar, y ordenó que inmediatamente se atalajara y se emprendiera la marcha hacia Toluca, porque *el enemigo había llegado á Chalco*, y era posible que nos quisiera cortar la retirada.

Como á las dos de la mañana la artillería se puso en movimiento, así como las tropas que iban en marcha.

Desde luego, comenzaron las deserciones no solamente de las tropas, sino de Jefes y Oficiales, principalmente de la Guardia Nacional, que se volvían á la Capital.

El batallón que mandaba el Teniente Coronel D. Joaquín Rangel, se desbandó completamente.

El General Díaz, que se había retirado del Peñón, atravesando la ciudad durante la noche, vino á cerrar la retaguardia del ejército.

Habiendo sido aprehendidos varios de los desertores, mandó que en el acto fueran fusilados, lo que no pudo evitar el General Ghilardi, que intercedió por ellos alegando que eran soldados que no tenían instrucción, pues no eran más que artesanos que se tomaron de los talleres para la Guardia Nacional.

Además de estos acontecimientos, el cabecilla Butrón, á quien el Gobierno había hecho General por tal de que lo reconociera, agraviando á todo el ejército, volvió á pronunciarse, y comenzó á hostilizar la cola de la columna.

Esto dió lugar á que algunos esparciesen el rumor de que los cazadores de Africa acuchillaban la retaguardia.

Por fin, el paso del Monte de las Cruces se verificó, y las tropas, unas después de otras, entraron en Toluca.

Mandaba en Jefe el General D. Juan José de la Garza.

Los cuerpos tomaron cuarteles, permaneciendo en un encierro riguroso; pero era lo más sensible, que no tan sólo no se les socorría, sino que no se les ministraba ni un mal rancho. Así es que muchos infelices se quedaban literalmente sin comer. Es verdad que al salir de México se anunció que se daría á los cuerpos siete días de

haber económico; pero ignoro por que causa algunos cuerpos no lo recibieron.

El General en Jefe se conformó con echar un préstamo que no produjo más que unos ochocientos pesos, porque la mayor parte de los cuotizados habían huido de Toluca, y *aquella cantidad fué distribuida entre los que componían su Estado Mayor.*

No se le ocurrió al General Garza que en la ciudad de Toluca había abundancia de provisiones que ocupar para satisfacer, como era de justicia, las necesidades más apremiantes del soldado; porque era un espectáculo desgarrador el ver á la tropa encerrada, careciendo del preciso sustento.

Los días que pasó el ejército en Toluca, fueron tristísimos, y el disgusto y la indignación subieron de punto cuando se supo que los franceses no se habían aproximado á la Capital, siendo necesario que se enviasen comisionados para rogar al General Forey que mandase ocuparla.

Por fin, el día ocho de Junio se dió la orden para marchar al día siguiente, dejando una corta guarnición en Toluca.

El día nueve las tropas acamparon en Ixtlahuaca, siendo muy notable la desertión, á pesar de los esfuerzos que hacía para evitarla el General Don Miguel María Echegaray, que no se apartaba un momento del campo.

El día diez se pernoctó en Nijini, y el once en Apapango.

Es increíble la escasez tan grande de vívres que había en este camino, pues no se conseguían á ningún precio.

Sin embargo, en la hacienda de Nijini había una gran mesa dispuesta *para el General en Jefe y su Estado Mayor*, sin que quisieran vender á los demás ni una tortilla.

En los lugares del tránsito se adelantaban algunos Ayudantes del General Garza, tomando por entero cuanto había en las fondas, para su General y para ellos. Los demás padecían mil angustias, por no poder conseguir algún alimento.

El día doce llegaron las fuerzas á Arroyozarco, y siguiendo por el camino del interior, entraron el diecisiete á Querétaro.

Pocos días después llegó de San Luis Potosí el Ministro de la Guerra General Berriozábal, quitó el mando en Jefe al General Garza, y dió otra organización al ejército.

Destinó una división á San Juan del Río al mando del General D. Porfirio Díaz, y otra división á Acámbaro á las órdenes del General Echegaray. El que suscribe marchó á Celaya á establecer la maestranza y el parque general.

Así permanecieron las cosas, sin haber ocurrido nada extraordinario, hasta mediados de Octubre, que dispuso el Gobierno fuese trasladado á San Luis Potosí todo lo que existía en Celaya.

El escuadrón formado en la frontera del Norte, que mandaba Cortina en la división Echegaray, no pudiendo avenirse á la disciplina que se le quería imponer, ni á los ejercicios que diariamente tenían lugar, se separó de ella casi violentamente, emprendiendo su marcha para Matamoros, en donde lo hallaremos más adelante.

Poco más ó menos sucedió con los rifleros que mandaba D. Macedonio Capistrán, quien consiguió del Gobierno que se le separase de la división para volver á la frontera, y fueron destinados para escolta del convoy de artillería que tenía que marchar á San Luis.

A la sazón merodeaba en la sierra de Guanajuato una gavilla de reaccionarios, acaudillada por los hermanos Troncosos, que estaban en activa comunicación con la población de Celaya, que como es sabido, es excesivamente conservadora.

En cuanto circuló la noticia de la marcha del convoy, aquella gente se puso desde luego á inquirir el día de la salida; mas como yo sospeché el objeto que podían tener aquellas indagaciones, aparentando gran misterio, les hice creer que tendría lugar el día diecinueve; pero el dieciocho nos pusimos en marcha, y fuimos á pernoctar á Chamacuero.

El día diecinueve continuamos para San Miguel de Allende, cruzándonos en el camino con un escuadrón de Guanajuato que iba á rendir la jornada á Chamacuero.

En la noche cayeron los Troncosos á la población, sorprendieron al escuadrón, y lo derrotaron.

Al amanecer se supo lo ocurrido en Allende, por cuya causa el convoy tomó sus precauciones para continuar la marcha.

Por las alturas de la izquierda se dejaron ver durante el día algunos grupos de jinetes del enemigo, que observaban la marcha de la columna. Rendimos la jornada en Dolores, sin novedad.

Allí se hallaba acantonada una brigada de caballería al mando del General D. Antonio Alvarez.

El día veintiuno llegamos á la hacienda de la Quemada, donde encontramos al General Comonfort, á la sazón Ministro de la Guerra, que iba en camino para Querétaro en una carretela, escoltado por unos quince hombres que mandaba el Coronel Mucio Reyes.

Se puso en conocimiento del señor Comonfort lo ocurrido en Chamacuero, indicándole que sería peligroso se aventurase con aquella pequeña escolta; pero él contestó que ¿qué le habían de hacer?; y prosiguió su viaje, pasando por Dolores sin llevar más fuerza en su compañía.

Desde la Quemada hasta San Luis, á donde llegó el convoy el veintiséis de Octubre, no ocurrió novedad.

En el tiempo en que el Gobierno permaneció en San Luis, poco ó nada se ocupó en la defensa nacional, antes despreciaba los elementos que para ella se le proporcionaban.

Muchos Oficiales sueltos habían seguido al Gobierno, y entre ellos iban varios de los que defendieron á Puebla y lograron fugarse. La mayor parte llegaron á pie, sumamente maltratados y pobres.

Pues bien, el Gobierno, en vez de admitirlos, los despidió bruscamente, dándoles permiso para residir en

país ocupado por el enemigo, á pesar de los decretos que lo prohibían, caminando con grandes penas.

Además, se les amenazó con lanzarlos fuera de la ciudad, con una escolta, si no la abandonaban inmediatamente.

Poco tiempo después de la llegada del convoy á San Luis, lo verificó el General D. Miguel Negrete con las tropas que mandaba en la sierra de Huachinango, la que abandonó no sé si por orden del Gobierno.

También llegaron los prisioneros hechos en Ozuloma, en la derrota que allí sufrieron los aliados de los franceses.

El General Comonfort, en uno de sus viajes, fué sorprendido y muerto delante de Chamacuero, cerca del Molino de Soria, por las fuerzas de los hermanos Troncoso.

Para cubrir la vacante nombró el señor Juárez al General Don Juan Suárez Navarro, persona que no pertenecía al partido liberal, que no tenía ningún prestigio, ni sus conocimientos militares estaban á la altura de las circunstancias. A poco desertó, pasándose al Imperio.

Nada notable hizo, pues, el Gobierno, relativo á la defensa nacional mientras permaneció en San Luis.

Al aproximarse los imperialistas, el que suscribe fué encargado de conducir un convoy de 16 piezas de Artillería de batalla y 20 carros de municiones á la ciudad de Tula de Tamaulipas, con sólo seis días de haber y sin un soldado de escolta. Pero el relato de esa expedición será objeto de otro trabajo.

El Gobierno salió rumbo al Saltillo con las tropas de la guarnición, que podían haber defendido la ciudad ó dar batalla á Don Tomás Mejía que se aproximaba.

Cuando los imperialistas ocuparon la plaza, las tropas de Negrete contramarcharon con objeto de sorprenderla; pero fueron completamente derrotados, perdiendo toda su artillería.

Así se perdió la ciudad de San Luis.

NOTAS.

I.

En tanto que el Gobierno despreciaba á los Jefes y Oficiales útiles que ofrecían sus servicios para continuar la campaña, se empeñaba en hacer Generales á simples paisanos favoritos, los que uno á uno desfilaron para presentarse al Imperio.

Muy sabia podía ser la política adoptada por el Sr. Juárez; pero no era posible que se convenciera de ello ninguno que tuviera sentido común.

II.

En la obra titulada "Historia de la Intervención Europea y Norteamericana en México," que escribe D Manuel Rivera Cambas, en el tomo segundo, página 274, línea 33, dice:

"Al entrar los franceses en México, retiraron de las *trincheras* noventa y siete piezas de artillería de *grueso calibre*.

986.000 cartuchos.

22.192 proyectiles.

4.429 cargas preparadas para cañón;

12.300 kilogramos pólvora;

300.000 cápsulas y cohetes de diferentes calibres."

Si pudiéramos sumar con estas cantidades las del material que sacó el ejército, cuando la evacuación, podría comprobarse que la ciudad se podía defender. Por otra parte, la defensa era de honra nacional y necesaria, por ser la Capital el centro de los recursos de todo género, donde se hallaba reunido casi todo nuestro material de guerra. Era conveniente para conservar el espíritu público en la República, que se abatió completamente por el abandono, y puede decirse que terminó toda resistencia formal.

ARTILLERIA.

Sacó el ejército.....	70 piezas.
Hallaron los franceses.....	97 ..
	167 ..
Había para la defensa.....	167 ..

III.

He calculado en estos apuntes que la Capital podía contar por lo menos con diez mil hombres, teniendo en cuenta los del Cuerpo de Ejército del Centro, la guarnición de la plaza y algunas otras fuerzas que podrían haber ingresado.

Véase ahora lo que opinan los Generales Vauban y Cormontaigne sobre el número de hombres que se necesitan para atacar las plazas, según las guarniciones que estas contengan:

“Una plaza mediana que se necesita circunvalar y que tenga de dos ó tres mil hombres de guarnición, exige que el ejército sitiador sea de *veinte á veinticinco mil hombres*.

Las plazas más considerables que tengan de tres á cuatro mil hombres de guarnición, deben ser atacadas por ejércitos *siete ú ocho veces mayores*, y solamente *cinco ó seis veces más fuertes*, si las guarniciones son de diez, doce, quince y dieciocho mil hombres”

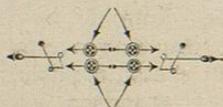
Mayores datos de distintos autores se pueden ver al tratar en este libro de las operaciones militares en Oaxaca.

Ahora bien, inundados los aproches de la ciudad, venía á resultar un perímetro de tal magnitud, que el ejército francés no podría cubrir ni aumentando considerablemente su efectivo, y por lo tanto, no podía establecer formalmente el bloqueo.

Además, los trabajos de zapa que tendría que verificar la tropa con el agua á la rodilla, y las noches pasadas en un terreno húmedo, producirían una epidemia de fiebres que pronto reduciría el número de sitiadores.

Si para evitar el trabajo en el agua, en vez de trincheras adoptase el enemigo los parapetos de relieve, este acaso sería un mal mayor, pues es sabido que semejantes trabajos son en extremo sangrientos.

Como de todo esto estaba seguramente bien instruido el enemigo, soy de sentir que si en vez de las vacilaciones del Gobierno, hubiera sabido su resolución de defender á todo trance la Capital, Forey no habría avanzado, según todas las probabilidades, hasta el Invierno, y después de haber aumentado sus fuerzas.



De San Luis Potosí

A. MATA MOROS.

1863 y 1864.

